

Apuntes sobre el tiempo y la poesía

Las palabras son siempre más de este mundo que las artes plásticas, se adaptan más a la realidad, nos dice María Zambrano, porque las artes plásticas tienen menos que ver con el tiempo ya que su apariencia es espacial, no sucesiva. El arte, también nos dice, parece descifrar o perseguir una forma perdida de existencia. Sería el arte, la escritura sobre todo, la manera tan platónica de buscar el objeto que nos fue arrebatado en una antigua escisión.

Si pienso en la poesía, siguiendo el hilo de las reflexiones de María Zambrano, pienso en tiempo que todavía no ha llegado pero que recuerdo porque lo recuerdo. Y después pienso en el poder de captación de una realidad más allá del tiempo real que se puede atravesar mediante las palabras. También pienso en la escisión, la herida, y en lo que añoro que no sé si tuve. María dice que la poesía primera que nos es dado conocer es lenguaje sagrado, y la palabra sagrada es operante, activa, verifica una acción indefinible porque no es un acto determinado y concreto, sino algo más. Ese algo más es el tiempo del poema que dialoga con nosotros en un espacio donde se está sola ante la escritura. No conocemos sólo un nivel de realidad, sino que ésta se multiplica, y por eso el lenguaje debe acaparar todas esas capas de realidad. María Zambrano ha explicado en su obra sus razones del tiempo en una metáfora que me atrae sensiblemente, la del claro del bosque. Ese bosque que es todo abigarramiento y sin embargo del que sólo se pueden percibir los claros están dentro del mismo, desde fuera no veríamos más que una masa de espesura. “Del claro se traen algunas palabras furti-

vas e indelebles al par, inasibles, que pueden reaparecer como un núcleo que pide desenvolverse (...) completarse más bien es lo que parecen decir y a lo que llevan”. Encontrar, aunque sea por un instante, el fulgor de lo que se sabe, y una vez experimentado, saber un poco más de nuestra condición mortal. La palabra nos va a trascender y la poesía es una intuición de la realidad con la que vamos fabricando tiempo y, como nos dice María, esos espacios cuando se abren deben ser sentidos, no como conquistados, sino como recuperados, puesto que se ha vivido con la angustia de su ausencia. Y no se me ocurre mejor ejemplo que el que podemos sentir cuando nos miramos a los ojos de alguien que nos ama y que amamos. Y vemos a través de esa mirada siglos de tiempo que se desvelan a modo de un destello de certeza, y ésta es la que nos ayuda a comprender que todo lo verdadero sólo puede ser contemplado sin prejuicio alguno. Nada más puro que esa mirada entre enamorados. Nada más incandescente que esa palabra hallada en el espacio que recuperar de una existencia que sabes también tuya. La intuición de la verdad. María Zambrano en su obra *Antígona* está preocupada por encontrar esa verdad y lo pone en boca de los personajes. Y ¿en qué consiste esa verdad? También las palabras nos dan acceso a ella porque la poesía es una verdad que se desvela después de haber escrito el poema.

Cuando nadie sabe nada
y orea el amanecer
la sombra de varias latas de cerveza
y el aspecto poco saludable de ella
(...)
El regodeo de los instantes felices
que no plasma ninguna letra

aroba una verdad que se desliza
como un velo de aroma
hasta el confín de lo que se sabe.

Poeta es un hombre devorado por los espacios del bosque, también nos dice María, y en ese decir late una profunda nostalgia de algo que se perdió y encuentras como dije, o en los ojos de quien te ama de verdad, o en las palabras que se desvelan en la cartulina blanca de la existencia. Porque verdad también es no querer saberlo todo:

Una quiere esto que no se toca,
otra aquello que no se sabe,
otra esto que intuye, otra
esto que es esto mismo.

Sin embargo ¿cómo aproximarnos a ella, a la verdad? Tanteando siempre entre aquellas sensaciones que nos completan. Decía al principio que la manera platónica de concebir la existencia como resultado de una escisión deriva en la búsqueda de lo que se perdió. Por eso vivimos con angustia, y la manera de exorcizarla se consigue a través del poema, pero también a través del enamoramiento y del deseo. Desear para aspirar a la completud que nos fue robada. Desear hasta el paroxismo y volver a empezar, para que nunca sea rellenada la aspiración que nos mueve al deseo, porque también perderíamos el ansia de saber y, con ella, el deseo de verdad. La verdad, dice la Antígona de Zambrano, “es a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. Es el don de su abandono. Una luz que está por encima y más allá y que al caer sobre nosotros, los mortales, nos hiere. Y nos marca para siempre. Aquellos sobre quienes cae la verdad son como un cordero con el sello de su amo”. Y la verdad es saber, y saber no siempre se elige, por eso nunca se puede escribir el poema completo, el poema total que nos devuelva lo que sabemos y no sabemos desde un mismo golpe de luz.

Conozco la contrariedad
que supone andar por una calle
sin encontrar el edificio. Lo que se sueña

no está inmerso en la escritura
sino en el palabreo. Lo que se sabe
ya una lo sospecha.

Vivimos inmerosos en la metáfora del bosque y cada vez que nos encontramos un claro sabemos un poco más y deseamos, a la vez, no saberlo todo, apartarnos de ese conocimiento que arde porque contendría todo nuestro ser y acostumbrados a la escisión no podríamos soportar el peso de la unidad. Angustia y soledad se perfilan entonces como una manera de estar y de percibir mediante la existencia el paso del tiempo. Pero la existencia es una palabra demasiado enorme y para ser acotada necesitamos el tiempo, materia de tiempo que pasa, y somos. Esa melancolía “del perpetuo pasar de las cosas, su fugitiva condición, acentúa también su unidad (...) Porque si toda la vida es tiempo, la evidencia de esta realidad se nos hace presente en determinados trances, en un cierto momento, cuando algo ha dejado de ser, cuando algo nos ha abandonado”.

El poema entonces es una forma de la memoria como un depósito de realidad latente. Como dice Miguel Casado, algo se siente antes de que haya palabras, algo se siente perseguido por palabras que llegan más tarde, que suceden a esa mirada, porque ¿qué es un poema sino la narración de un sentimiento, de un estado de ánimo, la captura de un instante? Un poema tiene como finalidad alargar el tiempo, ese que se lo lleva todo consigo. Yo busco con las palabras una manera de asombrarme conmigo misma, una salida a la angustia. Lo dijo Adrienne Rich, el poema dice aquello que no sabemos que sabemos.

Lo que brillaba ayer y lo que brilla mañana
produce un resplandor escalofriante
de bajar escaleras de metro, de bajar
laderas de pueblos, de bajar hasta la ignorada
cascada de letras que dicen sí a todo:
sí al amanecer, sí al anochecer,
sí a un intervalo para deshacer una cama.
Son tantos síes en pendiente
que bajan rodando.

Los claros que se abren en el bosque, gotas del desierto, son como silencios de la revelación. Dice Zambrano, la revelación es un instante de lucidez en el que se ve toda la verdad, pero como el peso de la misma es tan enorme, la revelación sólo puede durar un instante, y ése es el instante del poema, no otro. El más alto grado de la revelación sería la transparencia, la que perseguimos con nuestras palabras y nuestra vida, pero revelarnos a nosotros mismos es casi imposible, por eso el poema tiene algo de transparente dentro de la opacidad de la vida, ese claroscuro del que se recuerdan pocas cosas.

Recuerdo dos horas seguidas.
Luego un abatimiento. Se filtraba
la luz, pero anocheceía. Yo era otra.
¿Dónde estará aquella ropa?
Era la misma que soy ahora.
Menos cosas que recordar
menos vida, o más vida, o poca
vida. O ninguna vida por delante
ni hacia atrás. Mi vida ¿Qué es mi vida?

Y hablando de densidades de luz. En su
A modo de autobiografía María Zambrano nos

habla de “la llama”, qué hermosa definición de la luz que no acapara demasiado diámetro pero que actúa como guía de un camino en la oscuridad. La gente ve la llama, la mira, pero no observa que tiene un centro oscuro. Ella dice que la llama es ella. Así actúa la filósofa, pensamiento que no pretende deslumbrar sino que se acomoda en los intersticios del ser, pensamiento que hurga, como el pensamiento del poema, en los lugares recónditos de lo conocido por desconocido. Luz que guía, pero no alumbra, y en su densidad se halla lo oscuro.

Al salir del pasillo de piedra vimos un agua azul
y sobre ella aleteaban pájaros negros muy grandes,
pájaros con alas desgajadas, alas negras solitarias
vistas a través de la abertura de aquella cueva larga
sentí que el mundo interior se unía al mundo exterior
y formé una unidad en mi ser.
Días más tarde, recordándolo en un bar,
me vi en un espejo ovalado: no estaba entera,
me faltaban los ojos y la barbilla, algo de los labios
también se había diluido, yo era una nariz
con unos pómulos y una frente ancha que bebía
cerveza.